

SCHRÖTER, Bernd y Christian BÜSCHGES (eds.). *Beneméritos, aristócratas y empresarios: Identidades y estructuras sociales de las capas altas urbanas en América hispánica*. Frankfurt: Vervuert; Madrid: Iberoamericana, 1999, 315 pp.

Como bien señalan los editores de esta publicación, no cabe duda de que en los últimos años la historiografía social de la América colonial viene ocupándose con gran ahínco del estudio de las capas sociales altas. Ya lo advirtió Frédérique Langue, cuando hace no mucho tiempo publicara su relación de aquellos artículos y libros sobre las elites coloniales que vieran la luz en el próximo pasado. Quizás se trate de un contrapeso necesario, frente a la tendencia general de los años entre 1960 y 1970 que mostró una clara preferencia por el estudio del mundo rural y las capas sociales deprimidas. Cuando las capas altas fueron tratadas, lo fueron mayormente en su función de injustas detentadoras del poder y explotadoras de los demás sectores sociales. Poco a poco, sin embargo, se amplió la curiosidad de los investigadores por la estructura, dinámica, soporte material, mentalidad y medios para alcanzar y controlar el poder que tuvieran (y tienen) las elites. Con la ayuda de la disciplina genealógica y la elaboración de prosopografías, no solo se dieron a conocer aspectos fundamentales de su realidad, antes bastante soslayados, sino que los integrantes de los grupos de poder empezaron a "humanizarse". Hitos han sido en esta línea los trabajos de Doris Ladd, David Brading y John Kicza para el México virreinal y los libros de Susan Socolow para el Buenos Aires colonial; historiadores que fueron pronto seguidos por muchos más ya no solo para las regiones mencionadas sino para otras antes poco tratadas. Como ejemplos, entre tantos, tenemos a la misma Frédérique Langue para Venezuela, al propio Büschges para Quito, a Eugene Korth y Della Flusche para Chile y, más recientemente, a José de la Puente Brunke, Magdalena Chocano, Cristina Mazzeo y Paul Rizo-Patrón, cuyos trabajos para el Perú conta-

ron, sin embargo, con los valiosos y excepcionales precedentes producidos por Guillermo Lohmann desde los años cuarenta.

Un tema interesante planteado en la introducción de esta publicación es el de la diferencia entre la sociedad de estamentos y la sociedad de clases. Este último tipo de sociedad es el que resultó traspuesto en el tiempo en los análisis que gran parte de estudiosos hicieron de las elites del pasado americano. Así, durante parte de la segunda mitad del siglo XX, pareció triunfar la postura de la escuela de Ernest Labrousse, relegándose la de Roland Mousnier, que prefería identificar a los grupos sociales de acuerdo a criterios jurídico-institucionales. Büschges hace bien en recordar este debate, al igual que Michel Bertrand y otros autores en este libro. Hasta hace poco buen número de historiadores pasaban por alto el hecho de encontrarse frecuentemente ante sociedades que heredaron su organización del mundo estamental medieval. Cierto es que en América la jerarquización europea (clero, nobles y no-nobles) se vio tremendamente complicada por el factor racial, que constituyó una "variante colonial de la posición estamental". Siendo la gama más amplia, mayor es el reto de conocerla a plenitud disgregando cada uno de sus componentes. Esta urgencia ha sido tenida en cuenta en congresos internacionales y simposios, como aquél celebrado en el Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana de la Universidad de Colonia en diciembre de 1998 y que diera lugar a esta publicación. Tales eventos han venido enriqueciendo la "base teórica, metodológica y empírica", así como enfatizando la necesidad de la historia comparada (por región y época). En el caso de la publicación que nos ocupa, esto llevó a ubicar los esfuerzos de los investigadores según grandes áreas temáticas, geográficas y cronológicas. Así, un primer grupo de contribuciones se tituló "Formación y desarrollo de identidades de grupos sociales altos en viejos centros coloniales. Nueva España y el Perú"; un segundo grupo "Procesos de la formación social y de identidades de capas sociales altas en regiones fronterizas y periféricas. El factor inmigratorio"; un tercero, "Formación e identidades de las capas sociales altas. Estudios verticales a largo plazo"; y el

último grupo, "Centros pequeños en formación en diferentes épocas coloniales".

El primero de estos grupos contiene cuatro trabajos con puntos de encuentro y notables particularidades. Inicia la sección el ya mencionado John Kicza, de la Universidad de Pullman, que se ocupa de la formación, identidad y estabilidad de la elite mexicana en los siglos XVI y XVII. El punto de partida son los conquistadores y encomenderos, que a pocas décadas de su presencia inicial debieron establecer firmes lazos con poderosas firmas comerciales y con los miembros de la administración colonial. Michel Bertrand resalta la prioridad de las redes familiares (que van más allá de la verticalidad del linaje) y de la amistad en el establecimiento del prestigio y del poder de los miembros de la elite novo-hispana. Analizando las dinámicas sociales, procura superar las contradicciones entre "orden" y "clase". El esfuerzo de Pedro Guibovich, al centrarse en la Lima del siglo XVII, pone de relieve la construcción de un imaginario sobre esta capital virreinal y sus habitantes, desde los aportes de los eruditos Buenaventura de Salinas, Bernabé Cobo y, a fines de dicho siglo y comienzos del siguiente, Pedro de Peralta y Barnuevo. Igualmente se dedica a la realidad limeña Cristina Mazzeo, pero en tiempos de crisis a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. El suyo es un esfuerzo básicamente compilador y de equipo, plasmado poco tiempo después en *Los comerciantes limeños a fines del siglo XVIII* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999).

A diferencia de dichos aportes, los que siguen se ocupan de elites en regiones de frontera o periféricas. Chantal Cramaussel se centra en la localidad de San José del Parral, siguiendo una evolución que va desde la inmigración inicial hasta las alianzas matrimoniales endogámicas, el control de los cargos políticos y finalmente el control de la tierra. Es el análisis de una realidad "en pequeño" que se repite muy análogamente en todo el territorio colonial ultramarino del imperio español. Bernd Schröter se detiene –con profusión de cuadros– en una realidad "más nueva": Montevideo, en la Banda Oriental del Río de la Plata. Allí este historiador destaca el desarrollo estructural de su capa social alta y la formación de su mentalidad. Ésta la expresa, en

particular, con la importancia que se daba a los tratamientos de "don" y de "doña", sólo adjudicable a los pobladores notables. Susan Socolow inicia su colaboración sobre la elite de Buenos Aires con una expresión en apariencia presuntuosa: si alguien quiere saber sobre dicho grupo social de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, ella es la persona indicada para resolver todas sus interrogantes. Sin embargo, pocos pueden dudar de la solvencia de Socolow en este tema, que viene trabajando por décadas y que sigue planteándole innumerables interrogantes. Esta curiosidad inagotable ha guiado, asimismo, a Maria Rosaria Stabili. Con un contrapunto efectivo entre lo cuantitativo y lo cualitativo, explica la construcción en Santiago de Chile de una elite vasco-castellana en el siglo XVIII, que diera a dicha ciudad un carácter muy particular y que logró controlar el poder en todas sus esferas, aun luego de la Independencia americana. Los dos últimos artículos de esta sección tratan de Venezuela: Germán y Arlene Cardozo destacan la identidad regional en Maracaibo, desde sus "bases geo-históricas" hasta que su elite alcanzara un claro sentido de pertenencia a su territorio (y éste a ella). Esto la llevaría a luchar por su independencia y a erguirse en una "elite político-caudillista ilustrada" en tiempos posteriores. Inés Quintero abarca toda la provincia de Venezuela en el siglo XVIII, acercándose a Mousnier al enfatizar la importancia de una estructura estamental a través de una serie de símbolos de desigualdad (títulos y otros distintivos sociales), aunque sus componentes tuvieran diferencias con aquéllos paradigmáticos en el mundo europeo.

Los artículos de la siguiente sección se inscriben en la larga duración. Arturo Sorhegui, en su estudio titulado "Elite, oligarquía o aristocracia en La Habana entre los siglos XVI y XVII", se ocupa tanto de los orígenes cuanto del rol de la movilidad social, en la construcción de la aristocracia habanera. Christian Büschges, por su lado, trata el tema de su especialidad: la nobleza colonial quiteña. Dicho autor pone nuevamente de relieve el enfrentamiento entre la "posición estamental" y la "posición de clase", insistiendo sobre la necesidad de estudios histórico-empíricos que exploren los alcances de ambas posturas en el terreno de los hechos. Sin olvidar la importancia de la

base económica, subraya la de la mentalidad e identidad aristocráticas como “elementos de estructuración social propios” que parametrizan y frenan la movilidad social. Finalmente, tenemos un grupo de trabajos que se ocupan de “centros pequeños en formación”, tales como Asunción y su elite mestiza, trabajada por Barbara Potthast; Jujuy y los vínculos de parentesco de sus familias notables en el siglo XVII, analizados por Juan Pablo Ferreiro; y, por último, Zacatecas y su aristocracia empresarial a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, que trata sólidamente Frédérique Langué. El primero de estos comprende desde la conquista paraguaya y el inicio del mestizaje hasta las actividades políticas de la rebelde elite paraguaya en distintos momentos (tanto en el siglo XVI cuanto frente a los jesuitas en el siglo XVIII). Así, esta capa social “surgida de la marginalidad geográfica y política” se distinguió de las demás elites de la América española. Otra, la de Jujuy, controló su medio valiéndose de la “democracia restringida” operada desde el Cabildo. Cruciales fueron los vínculos de parentesco, una ideología señorial-estamental y una conciencia étnico-regional. Son elementos igualmente distinguibles en el Zacatecas de fines de la Colonia, con las variantes impuestas por una región minera sumamente rica. Pese a la obvia importancia allí del factor económico en la estructuración social, siguieron pesando las formas tradicionales externas: el empresario que ansía el lustre dado por títulos y demás privilegios, recurriendo a mayorazgos y otros vehículos para la consolidación y perduración de su membresía dentro de la elite. La autora advierte, por tanto, que no se debe caer en la “rigidez heurística” al analizar fenómenos complejos.

Esto último parece desprenderse –a guisa de conclusión– de la publicación dirigida por Schröter y Büschges, quienes sobre la base de los señalados aportes buscan ordenar y sistematizar varios aspectos de la elite hispanoamericana: terminología, teoría y metodología, premisas conceptuales y temáticas, estructura de las capas sociales altas y las raíces, expresiones y funciones de las identidades sociales. De lo que se trata es de ayudar a “obtener una imagen más diferenciada, y además ‘real’, de la vida social de las capas altas de la América hispánica colonial”,

no solo en su calidad de “mero reflejo de unas superestructuras económicas y políticas”, sino también en “el resultado de la percepción que tienen los actores sociales de la realidad social, de su propia posición en la sociedad y de sus intereses concretos”.

Paul Rizo-Patrón Boylan
Pontificia Universidad Católica del Perú